

ENCUENTRO CON JÓVENES CUBANOS

CENTRO CULTURAL PADRE FÉLIX VARELA,
20 DE SEPTIEMBRE DE 2015

SUEÑEN Y CAMINEN JUNTOS

Palabras improvisadas por el Papa Francisco, después de escuchar al padre Yosvany Carvajal y al joven católico Leonardo Manuel Fernández Otaño.

Ustedes están parados y yo estoy sentado, ¡qué vergüenza!, pero saben por qué me siento, porque tomé notas de algunas cosas que dijo nuestro compañero, y sobre estas les quiero hablar.

Una palabra que cayó fuerte: soñar. Un escritor latinoamericano decía que las personas tenemos dos ojos: uno de carne y otro de vidrio. Con el ojo de carne vemos lo que miramos, con el ojo de vidrio vemos lo que soñamos. Está lindo, ¿eh?

En la objetividad de la vida tiene que entrar la capacidad de soñar. Y un joven que no es capaz de soñar está clausurado en sí mismo. Está encerrado en sí mismo. Luego a veces uno sueña cosas que nunca van a suceder, ¡soñala, deseala! ¡Buscá horizonte, abrite! Abrite a cosas grandes. No sé si en Cuba se usa la palabra, pero los argentinos decimos: no te arrugués, no te arrugués, abrite y soñá. Soñá que el mundo con vos puede ser distinto.

Soñá que si vos ponés lo mejor de vos vas a ayudar a que ese mundo sea distinto. No se olviden: sueñen. Por ahí se les va la mano, sueñan demasiado y la vida les corta el camino, no importa, sueñen y cuenten sus sueños. Cuenten, hablen de las cosas grandes que desean, porque cuanto más grande es la capacidad de soñar y la vida te deja a mitad de camino, más camino has recorrido. Así que primero: soñar.

Vos dijiste ahí una frasecita –que yo tenía escrita en la intervención de él porque la subrayé y tomé alguna nota– “que sepamos acoger y aceptar al que piensa diferente”. Realmente nosotros a veces somos cerrados, nos metemos en nuestro mundito, o este es como yo quiero que sea, o no, y fuiste más allá todavía: “que no nos encerremos en los conventillos de las ideologías o en los conventillos de las religiones, que podamos crecer ante los individualismos”. Cuando una religión se vuelve conventillo pierde lo mejor que tiene, pierde su realidad de adorar a Dios, de creer en Dios. Es un conventillo, es un conventillo de palabras, de oraciones, de yo soy bueno, vos sos malo, de prescripciones morales, y cuando yo tengo mi ideología, mi moral y vos tenés la tuya, me encierro en ese conventillo de ideologías.

Corazones abiertos, mentes abiertas, si vos pensás distinto que yo, ¿por qué no vamos a hablar? ¿Por qué siempre nos tiramos la piedra sobre aquello que nos separa, sobre aquello en lo que somos distintos? ¿Por qué no nos damos la mano en aquello que tenemos en común? Animarnos a hablar de lo que tenemos en común y después podemos hablar de las cosas que tenemos diferentes o que pensamos. Pero digo hablar, no digo pelearnos, no digo encerrarnos, no digo “conven-tillar” como usaste vos la palabra [se dirige al joven que habló en representación de los demás]. Pero eso solamente es posible cuando uno tiene la capacidad de hablar de aquello que tengo en común con el otro, de aquello para lo cual somos capaces de trabajar juntos.

En Buenos Aires estaba en una parroquia nueva, en una zona muy, muy pobre. Estaban construyendo unos salones parroquiales un grupo de jóvenes de la universidad, y el párroco me dijo por qué no te venís un sábado y así te los presento. Trabajaban los sábados y los domingos en la construcción. Eran chicos y chicas de la universidad. Yo llegué, lo vi y me los fue presentando. Este

es el arquitecto, es judío, este es comunista, este es católico práctico... Todos eran distintos, pero todos estaban trabajando en común, por el bien común. Eso se llama amistad social, buscar el bien común. La enemistad social destruye, y una familia se destruye por la enemistad; un país se destruye por la enemistad; el mundo se destruye por la enemistad, y la enemistad más grande es la guerra. Y hoy día vemos que el mundo se está destruyendo por la guerra, porque son incapaces de sentarse y hablar. Bueno, negociemos, ¿qué podemos hacer en común? ¿En qué cosas no vamos a ceder? Pero no matemos más gente. Cuando hay división, hay muerte, hay muerte en el alma, porque estamos matando la capacidad de unir, estamos matando la amistad social. Eso es lo que yo les pido a ustedes hoy: sean capaces de crear la amistad social.

Después salió otra palabra que vos dijiste, la palabra esperanza. Los jóvenes son la esperanza de un pueblo. Eso lo oímos en todos lados, pero ¿qué es la esperanza? ¿Es ser optimista? ¡No! Optimismo es un estado de ánimo. Mañana te levantas con dolor de hígado y vos no sos optimista, ves todo negro. La esperanza es algo más. La esperanza es sufrida. La esperanza sabe sufrir para llevar adelante un proyecto, sabe sacrificarse. ¿Vos sos capaz de sacrificar por un futuro? ¿O solamente querés vivir el presente y que se arreglen los que vengan? La esperanza es fecunda; la esperanza da vida, ¿vos sos capaz de dar vida? ¿O vas a ser un chico o una chica espiritualmente estéril sin capacidad de crear vida a los demás, sin capacidad de crear amistad social, sin capacidad de crear patria, sin capacidad de crear grandeza? La esperanza es fecunda. La esperanza se da en el trabajo. Y aquí me quiero referir a un problema muy grave que se está viviendo en Europa: la cantidad de jóvenes que no tienen trabajo. Hay países en Europa donde jóvenes de veinticinco años hacia abajo, viven desocupados en un porcentaje del 40 %. Pienso en un país. Otro país el 47 %, otro país el 50 %. Evidentemente que un pueblo que no se preocupa por dar trabajo a los jóvenes, un pueblo y cuando digo pueblo no digo gobiernos, todo el pueblo, la preocupación de la gente de que nuestros jóvenes no trabajan, ese pueblo no tiene futuro. Los jóvenes entran a formar parte de la cultura del descarte, y todos sabemos que hoy en este imperio del dios dinero se descartan las cosas y se descartan las personas. Se descartan los chicos porque no se los quiere, porque se los mata antes de nacer. Se descartan los ancianos –estoy hablando del mundo en general–, se descartan los ancianos porque ya no producen, en algunos países hay ley de eutanasia, pero en tantos otros hay una eutanasia escondida, encubierta. Se descartan los jóvenes porque no les dan trabajo, entonces qué le queda a un joven sin trabajo. Un país que no inventa, un pueblo que no inventa posibilidades laborales para sus jóvenes, a ese joven le queda o las adicciones o el suicidio, o irse por ahí buscando ejércitos de destrucción para crear guerras. Esta cultura del descarte nos está haciendo mal a todos, nos quita la esperanza y es lo que vos pediste para los jóvenes. “Queremos esperanza”, esperanza que sufrida, es trabajadora, es fecunda, nos da trabajo y nos salva de la cultura del descarte. Y esta esperanza que es convocadora, convocadora de todos, porque un pueblo que sabe autoconvocarse para mirar el futuro y construir la amistad social, como dije, aunque piense diferente, ese pueblo tiene esperanza.

Y si yo me encuentro con un joven sin esperanza..., por ahí una vez dije un joven es jubilado. Hay jóvenes que parecen que se jubilan a los veintidós años. Son jóvenes con tristeza existencial, son jóvenes que han apostado su vida al derrotismo básico, son jóvenes que se lamentan, son jóvenes que se fugan de la vida.

El camino de la esperanza no es fácil y no se puede recorrer solo. Hay un proverbio africano que dice: “Si quieres ir deprisa ve solo; si quieres ir lejos, ve acompañado”. Y yo a ustedes, jóvenes cubanos, aunque piensen diferente, aunque tengan su punto de vista diferente, quiero que vayan acompañados juntos buscando la esperanza, buscando el futuro y la nobleza de la patria.

Y así empezamos con la palabra soñar y quiero terminar con otra palabra que vos dijiste, y que yo la suelo usar bastante: “la cultura del encuentro”. Por favor, no nos desencontremos entre nosotros mismos. Vayamos acompañados, Uno, encontrados, aunque pensemos distinto, aunque sintamos distinto. Pero hay algo que es superior a nosotros, es la grandeza de nuestro pueblo, es la grandeza de nuestra patria, es esa belleza, esa dulce esperanza de la patria a la que tenemos que llegar.

¡Muchas gracias!

Bueno, me despido deseándoles lo mejor. Todo esto que les dije se los deseo. Voy a rezar por ustedes. Y les pido que recen por mí. Y si alguno de ustedes no es creyente y no puede rezar, porque no es creyente, que al menos me desee cosas buenas. Que Dios los bendiga, los haga caminar en este camino de esperanza hacia la cultura del encuentro evitando esos conventillos de los cuales habló vuestro compañero. Y que Dios los bendiga a todos.